

Una estudiante de intercambio de Panamá a Alemania

Me acuerdo perfectamente del momento que supe, que venía a Alemania. Para mí fue una gran sorpresa, iba llegando del colegio, mis padres y mi abuela estaban esperándome afuera de la casa con fuegos artificiales, con un dulce en mano, que había comprado mi madre, que decía “Felicidades”. Creo que nunca había sentido tanta felicidad como ese día. Desde ese momento todos mis pensamientos se los dedicaban a Alemania y me hacía expectativas muy altas sobre como sería mi vida acá y lo grandioso que lo pasaría. Creo que nunca me puse a pensar en el hecho, que iba a estar 10 meses sin mi familia y amigos, que tendría que adaptarme a un nuevo idioma que desconocía completamente, que iba a vivir con completos desconocidos y pretender que eran “mi familia”. Para mí en esos momentos, nada de estas cosas eran importante, lo único que quería, era Alemania y lo quería ya.

Cuando al fin llegó el esperado día 0, fue muy extraño. Sentía que era un día igual que todos, la emoción se me había ido y estaba tragando realidad.

Mis primeros días en Alemania me sentía como si fuera una turista más, todo me parecía nuevo, fantástico e increíble. Mi familia me hablaban en inglés y me explicaban todo con mucha paciencia.

Ir al colegio me agobiaba un poco, porque no entendía lo que sucedía, me perdía y no encontraba los salones de clases, no sabía donde estaban los baños, me daba miedo ir a comprar algo en la cafetería.

También me acuerdo muy bien que tomar el autobús o el tren me aterraba demasiado, porque temía perderme. La frustración que sentía porque quería entender a los demás, esos dolores de cabeza que me daban en el colegio por la diferencias horarias más escuchar sólo alemán. Me sentía excluida por no poder participar de los chistes que contaban mis compañeros de clases. Pero a medida que fue pasando el tiempo, me iba acostumbrando e iba creando mi propia rutina. Iba aprendiendo más y más de las culturas y de las cosas, que antes me parecían muy raras, hasta yo misma las había adoptado. Ya me he acostumbrado a la gente que veo todos los días en el bús, a los vecinos, a mi familia, a los amigos, ya me siento parte de Alemania.

Me acuerdo de la primera vez en que me sentí “Homesick”. Había pasado un mes y medio desde que llegué a Alemania, pero lo más extraño era, que sólo necesitaba un abrazo de mi mamá. Quería que mi mamá viniera y me abrazará por un minuto y luego se fuera. Sé que suena bastante egoísta de mi parte, pero en general, querer ser un estudiante de intercambio, es un hecho egoísta porque no estás pensando en nadie más, tan sólo en tí, en lo que te pasará a tí, las cosas que verás tú, pero no piensas que le harás falta y le causarás preocupación a más de una persona.

Mis días acá han sido una completa montaña rusa de emociones, entre más pasan los

días se vive todo más apasionada e intensamente. Valoro las cosas que tenía en casa, como de igual forma las nuevas cosas que tengo acá.

Al principio mencioné las altas expectativas que tenía antes de venir a Alemania. Aunque muchas cosas fueron y son diferentes a lo que lo había planificado en mi cabeza por tantos meses, no me siento ni un poco despecionada, porque he descubierto muchas otras formas de divertirse. Hay otras muchas cosas que hacer, hay otra forma de vivir.

Esta experiencia te hace sentir importante y especial, con ganas de comerte al mundo, sientes que todo es posible. Pero al mismo tiempo tienes que luchar contra el prejuicio de las personas que piensan, que ser estudiante de intercambio significa un año savático, de fiestas todos los días, sin responsabilidades.

Todavía faltan unos pocos meses para mi regreso y no sé como sentirme. Creo que lo describiría como 15% felicidad, 15% nervios, 20% temor y 50% tristeza. Tengo mucho miedo a dejar esta vida que he construido durante poco meses, a regresar a mi “realidad”.

En estos casi ocho meses desde que llegué a Alemania, he comenzado a involucrarme con su gente, su cultura, su sociedad. Me ha replantearme mis ideologías, me ha hecho ser una persona mas abierta para aceptar “lo diferente”. De igual forma he aprendido muchísimo de los demás chicos intercambistas: aunque somos de distintas partes del mundo, nos une ese mismo sentimiento.

.